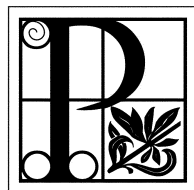


Peligro mortal

Eileen Wilks



Traducción de Ainara Echaniz Olaizola



PANDORA

Libros publicados de Eileen Wilks

EL MUNDO DE LOS LUPI

1. Peligro tentador
2. Peligro mortal

Próximamente:

3. *Blood Lines*

Título original: *Mortal Danger*

Primera edición

© Eileen Wilks, 2005

Ilustración de portada: © Dan dos Santos

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-489-2 Depósito Legal: B-13676-2009

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

(Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 7

Dedico este libro a mi editora, Cindy Hwang, que no solo es brillante, eficiente, compasiva y paciente más allá de los sueños de cualquier escritor acuciado por las fechas de entrega, sino que además tiene un excelente gusto para las películas.

Gracias, Cindy. Por todo.

Prólogo



La sala de audiencias era enorme, calurosa y bulliciosa; un horno excavado en los restos de un antiguo volcán, en cuyas paredes rebotaba el eco. Gan caminó por el suelo de piedra tan rápido como le permitieron sus piernas cortas y rechonchas, y no dejó de vigilar las sombras. A veces parecía que las grietas de las paredes se movían. Lo que un día parecía una sombra, al día siguiente podía derribarte con mucha facilidad. O podía hacer que quedaras como un imbécil, lo que era igual de malo.

No había techo. Las paredes irregulares se abrían hacia el cielo desnudo por el borde del cráter, oscuro y vacío. Gan sentía un cosquilleo en la piel al verse solo en medio de aquella estancia, a pesar de que sabía que las mascotas de Xitil no se molestarían en meterse con él. No esta vez.

Cortesanos de todo tipo peleaban o conversaban entre las columnas talladas que nacían del suelo; un gran falo de granito de casi cuatro metros y medio de alto, o un conjunto que asemejaba a unos colmillos de ónice lo suficientemente grandes para devorar un buey.

Aunque mientras rodeaba una estructura con forma de labios rosados de cuarzo, Gan pensó que la mitad de aquellos idiotas ni siquiera sabría lo que era un buey. Pero él sí lo sabía. Quizá fuera joven, quizá fuera pequeño, pero sabía más sobre el mundo de los humanos que cualquiera de ellos.

Y por eso había sido convocado. Sintió que un escalofrío causado por el temor y los nervios le recorría la espina dorsal. Llamar la atención de la Más Temida no era buena idea.

Pero, bah, seguro que iba a ser interesante.

Gan estaba tan ocupado divirtiéndose antes de tiempo con lo que iba a suceder, que rodeó demasiado rápido una garra de roca que parecía querer agarrarlo y cayó al suelo de inmediato, con el corazón latiendo frenéticamente de terror.

Una gran serpiente con una cola mortal llena de púas siseó sobre su cabeza.

¡Idiota!, se reprochó Gan en silencio. ¡Había actuado como un diablillo de apenas dos años en vez de como un demonio adulto! ¡Fantaseando en el gran

salón! Casi había chocado con una de las garras de Xitil. No era buena idea molestar a una garra. Sus reflejos eran tan rápidos como lento era su entendimiento.

Por lo menos Gan se había detenido instantes antes de que aquello se convirtiera en un insulto. De hecho, no había tocado a la garra.

—¿Qué es esto? —Una voz aguda descendió sobre Gan. Aquella garra era hembra o al menos lo era en su mayor parte, decidió Gan—. ¿Un insecto?

El campo de visión de Gan abarcaba en su mayor parte el suelo de piedra lleno de polvo, pero por el rabillo del ojo pudo ver un pie escamoso tan grande como uno de sus brazos. Las garras que sobresalían de los cuatro enormes dedos eran gruesas, amarillas y afiladas.

No respire aún, se ordenó a sí mismo. El peligro inminente había pasado ya, pero las garras de Xitil eran tan susceptibles como tontas.

—Quizá —dijo una segunda voz, más grave, quizá de un macho. Su origen estaba a la izquierda de la primera voz. Moviendo sus ojos hacia la derecha todo lo posible, Gan pudo ver otro par de pies—. O algún tipo de parásito. Lo mejor será pisarlo.

—Su grandeza —chilló Gan—, mil perdones. Uno merece ser aplastado, sí, aplastado por molestarte, pero te ruego que sujetes tu pie. He sido convocado.

—¿Convocado? —Una garra rodeó a Gan a la altura de las costillas, tumbándolo con facilidad en el suelo. Gan quedó mirando fijamente a la pareja de ojos dorados que la garra tenía en su parte delantera—. ¿Crees que es tan estúpido como para mentir sobre eso, Hrrol?

—Parece estúpido casi para cualquier cosa. Mejor pisarlo.

—Oh, su grandeza, desde luego soy estúpido por haberte ofendido, pero no lo soy tanto como para mentir sobre la Más Temida. Si no digo la verdad, castígame dos veces, tres, dame un castigo sin fin, pero por ahora permíteme responder a la llamada. —*¡Maldito imbécil! Si fuera estúpido no podría mentir, ¿no es cierto? Ni siquiera con palabras. Y si Xitil se disgusta porque llego tarde, se enfadará contigo por haberme retrasado.*

—No quedará nada que podamos castigar si está mintiendo —observó la garra de la izquierda—. Será mejor aplastarlo ahora. O por lo menos arráncale esa desgracia que él llama cola.

Gan se molestó. Estaba muy orgulloso de su nueva cola, que quizá no fuera tan larga y prensil como la de las garras, pero era muy fuerte y tenía preciosas púas en toda su envergadura.

—No —se lamentó la primera garra—. Si Xitil tiene algún plan para este insecto, quizá quiera que conserve su patética y diminuta cola, que parece más un bulto. Después —decidió—. Le castigaré después. ¿Cómo te llamas, insecto?

—Me llamo Gan, su grandeza. —*Ojalá te devoren los gusanos.*

—Eres un insecto con suerte, Gan, porque hasta yo tengo que inclinarme ante los deseos de la Más Temida, que quizá prefiera tenerte entero. Te libero.

—Gracias, su grandeza. —Gan se puso de pie de un salto y se retiró con una profunda reverencia—. Que tus garras crezcan más largas y más afiladas, para que desgarres a tus presas con mayor facilidad. —*Y que tu presa no muera de un ataque de risa ante tu estupidez.*

Una vez fuera del alcance de las garras, Gan prestó más atención a dónde ponía los pies y se apresuró hacia el rincón más caluroso de aquella gran sala. En aquel lugar las rocas estaban al rojo vivo, ardían y caían alrededor de la entrada a las habitaciones privadas de Xitil. No había cortesanos en aquel extremo de la sala. Si Xitil quería ver a sus súbditos, se unía a ellos. Si no lo hacía, ¿quién desearía presentarse ante ella sin invitación?

Gan había sido invitado. Lleno de temor, con el orgullo hinchando su pecho al sentirse tan importante, y con los pies ardiendo al caminar por aquel lugar, cruzó el umbral.

Inmediatamente sintió que el ambiente era más confortable. El techo del túnel de roca era irregular, pero en ningún punto medía más de seis metros de alto. El camino tomaba una sola curva muy cerrada que obedecía a motivos defensivos y que indicaba el grado de confianza de Xitil en sus súbditos. Nadie había intentado derrocarla en mucho, mucho tiempo.

El túnel se estrechaba al final; muy pocos cortesanos y ninguno de sus nobles podían entrar directamente en sus habitaciones. Sin embargo, Gan podía. Avanzó hacia la luz rosada al final del túnel frunciendo el ceño. El rosa significaba que ella estaba contenta, o quizá excitada y ardiente. Púrpura, sin embargo...

Gan salió del caluroso pero seco túnel y se vio inmerso en una niebla húmeda y rosada, como si el mismo aire estuviera sudando a causa del calor que Xitil creaba y disfrutaba. El suelo era de obsidiana pulida y estaba húmedo y resbaladizo. Y allí, ante él, reposando en los mullidos cojines de su sofá, estaba Xitil, la Más Temida, escultora de rocas y tirana, dueña del clima y princesa del infierno. Un paroxismo de asombro y lujuria obligó a Gan a detenerse en seco.

—Gan. —Su voz retumbó en la niebla, como una caricia auditiva—. Ven aquí.

Temblando de miedo y de excitación, Gan obedeció.

Su inmensa y ondulada forma brillaba bajo la luz, la carne tan rosada y húmeda como una vulva excitada. Y densa, oh, el sentido *üther* de Gan la captaba tan deliciosamente densa, cada rollo y pliegue de carne llenos de vida. Sus brazos delanteros estaban doblados para ayudarla a mantenerse erguida, las garras cargadas de joyas, ligeramente replegadas.

Últimamente Xitil se había aficionado a los pechos. Se había dejado crecer seis, y el par que se encontraba en la parte superior estaba al desnudo. Los pezones estaban erectos, duros y pequeños como pepitas enmarcadas en aureolas tan rojas como sus ojos, que brillaban de diversión.

—Gan —susurró—, no has saludado a mi invitado. Hazlo.

Gan se detuvo y sus ojos se agrandaron de asombro. ¿Acaso iba a castigarlo? Ella lo había mandado llamar, pero... *Obedece, idiota*, se dijo a sí mismo. Consiguió dejar de mirar a Xitil por unos segundos y sus ojos mostraron su sorpresa al ver quién, o qué, permanecía de pie a la izquierda del sofá de Xitil.

Un humano. Qué extraño. Sí que solían aparecer por allí de vez en cuando, muchos cortesanos tenían tratos con uno o dos de aquella especie, pero ¿por qué querría Xitil que Gan conociera a uno?

No, se corrigió un segundo después. No era un humano, aunque esa fuera la forma que mostraba. Ella había hecho todo lo posible para camuflar su energía, de modo que Gan pudo deducir más bien poco... pero lo que pudo comprender le volvió a producir escalofríos.

Los rumores eran ciertos. Xitil había recibido la visita de un aliado muy extraño.

¿O quizá fuera un alimento en potencia? Estaba seguro de que ella no se atrevería... Pero Gan había recibido la orden de saludar al invitado de la Más Temida, no de ponerse a especular. Se aclaró la garganta e hizo una profunda reverencia.

—Su reverencia, discúlpeme si en mi profunda ignorancia no me dirijo a usted como debería.

La muchacha, pues era eso lo que era, una muchacha de pelo castaño y ojos marrones que apenas alcanzaba los quince años, le sonrió amablemente.

—Muchos de los que habéis nacido en este ciclo no me conocéis. Estás perdonado. —Miró a Xitil—. ¿Estás segura? Este no tiene un aspecto precisamente...

—¿Amenazador? —rió Xitil, un sonido grave que hizo que le temblaran los pechos—. Es joven y débil, y demasiado curioso para su propio bien, pero no necesitas un guerrero. Gan tiene las habilidades y capacidades que has requerido. Puede cruzar sin ser invocado, y yo puedo utilizarlo para transmitir instrucciones e información a tu herramienta.

—Ah. ¿Y la otra herramienta que he solicitado? —preguntó la muchacha.

Xitil recorrió la curva de sus caderas con una mano perezosa y en su recorrido separó los velos que la cubrían dejando ver parte de sus exuberantes rizos púbicos.

—Ese es el acuerdo al que se llegó en el plan original. Pero no abriste la puerta. Ni estabas dispuesta a concederme mi única petición a título personal.

Amenaza, desafío, poder; el ambiente se cargó de todo aquello en un solo instante. Un poder tan vasto que Gan no tenía referencias para poder compararlo. Sintió una oleada nauseabunda que se convirtió en vértigo cuando la gravedad empezó a tirar de él para luego soltarle y agarrarle de nuevo. Su corazón dejó de latir.

Y tan pronto como había arreciado la tormenta, todo pasó.

La muchacha rió, una risa ligera y despreocupada.

—Oh, mira, has asustado al pobre Gan. Sería una pena que le hiriéramos en el transcurso de nuestras pequeñas bravatas, ¿no es cierto? Además, Xitil, no me llevaré una buena impresión de ti si intentas provocarme sexualmente. Ya sabes que no me gustan ese tipo de asuntos.

Oh. ¡Oh! Así que era Ella...

Xitil se encogió de hombros y no respondió.

La muchacha que no era una muchacha se volvió hacia Gan para estudiarle detenidamente.

—Supongo que las herramientas de este tipo no son muy de fiar, y, además, es tan pequeño. Del tamaño de un niño humano. No importa la manera en la que altere su forma, nunca tendrá la presencia que yo necesito que tenga.

—¿Crees que no? —Los ojos de Xitil brillaron—. Gan.

La atención de Gan se concentró exclusivamente en su princesa, porque por debajo de aquella sílaba que había empleado para llamarle reverberaba el poder de su nombre verdadero.

—Crece.

Gan hizo una mueca de disgusto pero obedeció. Quizá un poco más despacio de lo debido, pero ella no había dicho que tuviera que darse prisa. Cuando Xitil habló de nuevo, Gan medía tres metros y medio, y se sentía muy incómodo.

—Detente.

Aliviado, Gan acató la orden y se concentró en retener su crecimiento mientras la no muchacha lo estudiaba.

—Asombroso —dijo esta por fin. Su voz sonó distante, ya que la capacidad de los oídos de Gan estaba demasiado atenuada para captar los sonidos en su totalidad—. No tenía ni idea de que podíais extenderos de esa manera.

Xitil rió.

—El pobre Gan. Apenas tiene materia para expandirse demasiado, pero hasta donde llega servirá para tus propósitos. Puedes recuperar tu tamaño habitual, Gan.

Gan volvió a su tamaño y densidad normales en un suspiro.

—Tengo un trabajo para ti —anunció la muchacha a Gan—. ¿Te apetecería beber un poco de sangre?

—Me apetecería mucho, sí —respondió honestamente—. ¿De quién?

—De una humana. La traerán aquí.

¿La traerán aquí? Los ojos de Gan se abrieron de asombro. Por eso Xitil se había aliado con la que tenía aspecto de muchacha de ojos marrones. Al menos, era una de las razones. Los juegos de Xitil nunca eran simples. La invitada de Xitil traería una humana para que Gan pudiera... pudiera... Gan susurró—: ¿Quieres que posea a esa humana, Más Temida?

Xitil acarició el pelo que cubría uno de sus pechos con una garra cubierta de rubíes.

—Ahí está. Sabía que no podías ser completamente ignorante. Al fin y al cabo, devoraste al viejo Mevroax.

—Y... ¿Y la humana volverá a su mundo? —Los sentidos de Gan se habían vuelto locos. Iba a experimentar el mundo humano como un humano; ¡podría comer, beber y follar como los humanos, y vería tantas cosas! Mucho más de lo que había visto o había podido hacer hasta ahora...

—La humana no servirá de nada aquí. Por supuesto que volverá a su mundo. Pero no podrás poseerla con facilidad, Gan. Es una émpata.

Gan abrió la boca. Y justo a tiempo, la cerró de nuevo. La Más Temida debía conocer alguna manera de traspasar las barreras de un émpata, o no habría convocado a Gan. Y en el caso de Xitil, no era buena idea hacer preguntas.

—Muy sabio, Gan. —Afortunadamente a Xitil le había hecho gracia la reacción de Gan, y no se había enfadado por la casi metedura de pata del pequeño demonio. Fuera lo que fuera lo que tenía planeado para aquella humana, la había puesto de muy buen humor—. Tus pensamientos no verbalizados son correctos. Normalmente supondría un problema el tener que romper las barreras de un émpata, pero mi invitada se ocupará de eso.

La mirada de Gan derivó hasta volver a la muchacha de ojos marrones. Tragó. Xitil se había ganado a pulso su título de Más Temida. Pero esta...

La muchacha sonrió dulcemente.

—No temas, Gan. Lo que voy a utilizar para abrir a la humana y hacerla receptiva a tu posesión no te hará daño. Los demonios no tienen sentimiento de culpa.

Una oleada de alivio recorrió a Gan. Aquello tenía sentido. Los humanos, con sus molestas y misteriosas almas, eran muy vulnerables a la culpa. Incluso a los émpatas se los podía derrotar de esa manera. No por demonios, desde luego, sino por dioses especializados en almas y culpa y cosas así, ¿acaso no era cierto?

—Serás dirigido por otra de mis herramientas —añadió la muchacha—. Xitil, con tu permiso...

Xitil no respondió, pero las rocas cercanas a la muchacha crujieron y se separaron, dejando a la vista otro túnel. Pocos minutos después apareció un humano. Su rostro estaba compuesto por el usual conjunto de facciones. Sin nada destacable, pensó Gan, incluso para un humano. Iba ataviado con uno de

esos trajes que indicaba alto estatus en las naciones occidentales de la Tierra y portaba un báculo negro que lo igualaba en altura.

Gan se sintió molesto. ¿Iba a recibir órdenes de aquel hombre? ¿Por qué? Su apariencia no era más imponente que la del propio Gan. Su energía era escasa y apenas poseía poder.

Sin embargo, el báculo que sostenía... Gan estudió la pieza con detenimiento y la leyó cuidadosamente. *Ajá*. Aquello era extraño. Aquel báculo tenía poder, pero lo percibía vacío en vez de denso, como debía ser.

—Excelencia —susurró el hombre con los ojos fijos en el avatar de la muchacha de ojos marrones. Sus ojos brillaban a causa de lo que Gan dedujo era idolatría—. ¿Cómo puedo complacerte?

Ella le sonrió.

—Este pequeño se llama Gan. Se encargará de terminar tu trabajo cuando regreses. Gan. —Ella se volvió hacia él, aún sonriendo—. Este es el arzobispo Patrick Harlowe. Cuando llegue el momento, te ayudará.

Gan se atrevió a formular una pregunta a la muchacha de pelo castaño, no sin antes tomar prestadas las palabras que el humano había empleado para dirigirse a ella. Nunca se era demasiado cortés a la hora de dirigirse a Ella.

—¿Puede este ser pequeño y lastimoso preguntar de quién va a beber, excelencia?

—Se llama Lily. Lily Yu.



El Odissey era grande, ruidoso y estaba abarrotado. Era un restaurante circular construido en los setenta, con sus enormes ventanales brillantes colgados sobre un promontorio que daba al océano, como una bola de discoteca gigante que hubiera acabado chafada y aplastada con el paso de los años.

Los invitados a la boda llenaban dos salones y se desparramaban por el patio, un lugar que proporcionaba una vista perfecta del sol poniéndose sobre las olas del oeste. En la sala de banquetes principal, la música competía con el rumor de las conversaciones mientras parejas jóvenes y mayores se adueñaban de la pista de baile. En el comedor anexo, las mesas del bufé desplegaban de forma inteligente todo tipo de aperitivos, galletitas saladas, gambas, salmón ahumado, fruta, queso y galletas que se podían comer de un solo bocado. Los restos de la enorme tarta nupcial con forma de torre ocupaban el lugar de honor en una mesa adyacente.

Lily Yu no estaba disfrutando de la puesta de sol, ni picando de la tarta de boda. Estaba demasiado ocupada intentando que su primo segundo, Freddie Chang, no le pisara el pie mientras bailaban, y se preguntaba cuándo podría largarse.

Por lo menos, no hasta transcurrida una hora más, decidió. No si no quería pagar un alto precio por hacerlo. Su madre se enteraría si se escabullía demasiado pronto.

Freddie interrumpió su monólogo sobre las injusticias del impuesto para trabajadores autónomos para decir:

—Por lo menos podrías intentar aparentar que te lo estás pasando bien.

—¿Por qué?

—Todo el mundo te está observando. Tu madre. Mi madre. Todos.

—¿Quieres decir que esta vez no vas a intentar meterme mano?

La barbilla de Freddie se elevó de aquella forma orgullosa y obstinada que a Lily le había hecho derramar limonada en sus pantalones cuando tenía doce años.

—No hace falta que seas tan ruda. Solo porque un tipo intenta ser cordial...

—¡Ay! —Lily dejó de moverse.

—Esta vez no te he pisado.

—No, has chocado con mi brazo. El que llevo en cabestrillo —añadió con intención.

Freddie pareció mortificado.

—Lo siento. Lo siento. Lo he olvidado. No deberías estar bailando. —Tomó a Lily por el codo sano—. Deberías sentarte.

El hábito de Freddie de decirle constantemente lo que era bueno para ella era una de las muchas razones por las que Lily lo evitaba siempre que fuera posible. Sacaba lo peor de ella. Se esforzó por mantener los labios sellados hasta que estuvieran fuera de la pista de baile.

—Gracias por ser tan comprensivo. Creo que voy a picar algo del bufé.

—De acuerdo. Te traeré algo.

—Puedo alimentarme yo sola, gracias.

—Solo tienes un brazo sano. —Y Freddie lo tenía bien sujeto, llevando a Lily hacia el comedor donde estaba servido el bufé.

Lily suspiró. No quería comer. Quería alejarse de Freddie. De todos, en realidad, pero eso no era posible, así que no tenía más remedio que aguantarse e intentar ser amable.

—Madre me ha contado que por fin has dejado ese trabajo tuyo —dijo Freddie nada más llegar a la mesa del bufé—. La verdad es que estoy aliviado. Y madre también. Es una lástima que no lo hayas visto hasta que no te han herido, pero...

—Espera un minuto. —Consiguió liberar su brazo de la mano de Freddie con un fuerte tirón—. No he dejado el cuerpo porque me hayan disparado.

—Sea cual sea la razón, me alegro de que hayas recuperado el sentido común. El trabajo policial es peligroso y te expone a tratar con el tipo de gente, eh, equivocada.

Como los criminales, supuso Lily. O quizá Freddie se refería a los otros policías.

—Supongo que tu madre no se ha enterado de la noticia completa. Todavía soy poli. Federal, pero aun así poli.

—¿Federal? —Compuso un gesto de profunda desconfianza.

—FBI. ¿Has oído hablar de ellos? —Cogió un plato.

Freddie nunca captaba el sarcasmo. Mientras le llenaba el plato de comida que ella no quería, frunció el ceño, pensativo, y no por sentirse ofendido precisamente.

—Supongo que es como un ascenso. Ahora llevarás casos criminales de otro nivel y no tendrás que tratar con asesinos ni carteristas.

Los labios de Lily sufrieron un espasmo semejante a una sonrisa cuando pensó en un FBI que arrestaba a una mejor clase criminal. Lily le podía haber contado a Freddie que había recibido su único balazo en acto de servicio justo después de haber sido reclutada por el FBI. Pero no lo hizo. Él se lo contaría a su madre, que se lo contaría a la madre de Lily, que había llegado a la misma conclusión que Freddie: que Lily ahora tenía un trabajo más seguro.

No hacía falta agitar aquellas aguas. Miró el plato que sostenía en su mano, y que Freddie había llenado de comida suficiente para alimentar a tres personas.

—Espero que hayas cogido todo esto para ti. Soy alérgica al marisco.

—Ah. —Freddie miró el plato—. Lo había olvidado. Puedo, puedo quedármelo yo, y a ti te consigo otra cosa.

—No importa.

Él no la escuchó, por supuesto. Simplemente se puso a llenar otro plato.

—Hay algo que he estado esperando a preguntarte.

—No lo preguntes.

Freddie hizo una pausa y la miró con el ceño fruncido.

—Supongo que te consideras, eh, comprometida ahora mismo. A causa del tipo ese, Turner. El, eh...

Ojos de cerdo, pensó Lily. Freddie tenía aquellos pequeños y codiciosos ojos de cerdo.

—Lupus. Puedes decirlo, no hay problema, sabes. No es un insulto ni nada parecido.

—Estaba intentado decirte las cosas con tacto. Dime, es verdad que ellos...

—Sí. Absolutamente. —Miró a su alrededor. ¿A quién podría tomar como excusa para escapar?

—¡No me has dejado terminar!

—Ah, ¿no? —Ah, Beth estaba hablando con uno de los amigos médicos de Susan. Lily se las arregló para captar la atención de su hermana, pero Beth simplemente sonrió, cerró los ojos y le dio la espalda.

Pequeña rata malcriada. Beth siempre había sido una consentida.

—Quiero que sepas que no voy a echarle en cara tu relación con Turner —anunció Freddie—. Soy un hombre justo. Lo que está bien para ti está bien para mí y todo eso. Y, eh, ya sé que su gente... bueno, que ejercen una influencia sexual muy fuerte en los demás. Aunque me sorprendió oír que tú..., pero no es culpa tuya.

La atención de Lily volvió inmediatamente a Freddie.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De tu lío con Turner. Lily, de verdad, no debería repetirlo. Lo educado es escuchar a los demás.

—Oh, te estoy escuchando. Solo que creo que no te he entendido bien, ya que mi vida personal no te incumbe en absoluto.

—Somos primos. Y algún día, cuando termines con tus experimentos juveniles...

—Tengo veintiocho años, no dieciocho. —Sacudió la cabeza exasperada. Una vez que a Freddie se le metía una idea en la cabeza, solo podías sacársela con un escalpelo afilado—. Lee mis labios. No vamos a casarnos. Nunca.

La sonrisa de Freddie era paciente. Tolerante.

—Tu madre lo desea. Y la mía también.

—Mi madre quiere que me case, punto. Tú eres del género adecuado, eres chino, posees un buen negocio. Eso es suficiente para ella, es una pena que ya esté casada. Déjalo ya, Freddie. No quieres casarte conmigo. Ni siquiera te gusto.

—Por supuesto que me gustas. Me gustas mucho. Eres mi prima.

Y seguro que lo decía de verdad. O al menos se lo creía, que era casi lo mismo. Suspiró.

—Estoy de acuerdo con tu madre, deberías casarte. Cuanto antes. Pero no conmigo. —Le pasó su plato, le dio palmaditas en el brazo y escapó aprovechando que Freddie tenía las manos ocupadas.

A veces la familia podía ser un infierno.

Decidió bailar un poco más mientras se dirigía al otro salón. Eso no eliminaría la probabilidad de que le hicieran más preguntas molestas, desde luego no cuando tanta gente se veía impulsada, obligada más bien, a preguntarle sobre su hombro, su nuevo amante y su cambio de trabajo. Pero al menos reducía el número de momentos en los que podían hacérselas.

El DJ había pinchado *I Want You to Want Me* y el salón estaba abarrotado. Lily se quedó al borde de la pista de baile, moviendo el pie más por irritación que por llevar el ritmo.

Freddie no era precisamente un as de la perspicacia, lo que hacía que para Lily fuera más irritante que hubiera puesto el dedo en la llaga. Estaba comprometida, de acuerdo. Aunque decir que se habían apropiado de ella se acercaba más a la verdad.

Su mirada recorrió el salón, pasando por primos y extraños, conocidos, amigos de la familia y aquellos con los que había emparentado recientemente a causa de la boda. Se detuvo en la tía Mequi, que estaba bailando con el padre de Lily.

Mequi Leung era la hermana de su madre. En esa rama de la familia de Lily eran todos bastante altos, y Mequi era además delgada en todos los aspectos: cuerpo delgado, rostro delgado y una sonrisa delgada que parecía más una

tirita que cubría una herida dolorosa. Los labios de Lily amagaron una sonrisa. La tía Mequi odiaba hacer el ridículo, y la cabeza de Edward Yu apenas llegaba a la altura del hombro de su cuñada.

A él no le molestaba eso, Lily lo sabía. Su padre poseía la maravillosa capacidad de ignorar las cosas que consideraba poco importantes. Probablemente estuviera hablando de la compra de opciones, crecimiento vertical y otros misterios esotéricos del mundo de los corredores de bolsa.

Probablemente..., aunque Lily no podía estar segura. Estaban a casi cinco metros de distancia de ella. No podía oírles con el rumor y la cháchara de los demás invitados.

Tres semanas atrás, habría podido hacerlo.

Una oleada de alivio se mezcló con una pizca de decepción. Durante un breve tiempo, el vínculo que la unía a Rule le había permitido tener un oído tan fino como el de un lupus, pero el efecto ya había desaparecido. No sabía por qué había adquirido aquella característica de Rule, ni sabía por qué la había perdido. Un oído inhumanamente fino había resultado ser muy útil en algunas ocasiones, pero su vida había cambiado tan drásticamente en tan poco tiempo... En general, estaba contenta de que eso al menos hubiera vuelto a la normalidad.

Aunque podría volver en cualquier momento.

Lily tocó el pequeño amuleto que llevaba colgando de una cadena de oro alrededor del cuello. El *toltoi* era el símbolo externo de todos esos cambios, era el pequeño obsequio que había recibido al aceptar entrar a formar parte del clan de Rule. Su pie empezó a moverse más rápido y perdió el ritmo de la canción.

Rule pensaba que el vínculo se había creado como respuesta al peligro, al borrar la línea que separaba sus habilidades de las de ella. Quizá tuviera razón. En aquel momento, él había sido capaz de absorber algo de la inmunidad de Lily hacia la magia; y desde luego habían pasado momentos de gran peligro. Una telépata loca había intentado sacrificarlos a su diosa.

Pero la teoría de Rule implicaba que el vínculo que los unía era sensible a todo, como una serpiente psíquica, estrechando su abrazo alrededor de ellos ahora y aflojándolo un poco después. Sobre todo, lo que más irritaba a Lily era que no sabía nada. Había demasiado misterio alrededor de aquel vínculo.

Quizá descubriera algunas cosas en breve. En tres días tenía que entrevistarse con la rhej Nokolai. «Rhej» hacía alusión a una posición o a un título. Rule le había explicado que era una especie de combinación de sacerdotisa, historiadora y bardo. Ahora que Lily formaba parte del clan, se suponía que tenía que ponerse al día sobre la historia de su nueva familia.

Lily deseó que esa rfej le diera algunas respuestas. Ella, por lo menos, tenía un montón de preguntas que hacer.

Como si la cambiante marea de parejas se moviera al dictado de un imán arcano, su mirada también se vio atraída hacia un punto, cerca de la curvada pared de ventanales.

Rule estaba allí.

No podía verle. Lily había heredado la escasez de centímetros de su padre, y había demasiada gente entre ellos. Pero no le hacía falta ver a Rule para saber exactamente dónde se encontraba. Siempre lo sabía, si estaba lo suficientemente cerca... A menos de cuarenta y dos metros, para ser exactos. El efecto se volvía un tanto impreciso a más distancia. Habían pasado toda la semana pasada comprobándolo.

Y así era ahora, al menos. Tres semanas atrás les habría resultado imposible estar tan alejados el uno del otro, imposible literalmente. Lily había perdido el conocimiento cuando había intentado poner demasiada distancia entre ellos. Rule afirmaba que eso era normal para una pareja reciente de Elegidos.

Rule tenía unas ideas muy extrañas sobre lo que era normal y lo que no. Pero el vínculo se había relajado, como él había dicho que ocurriría. Lily no tenía idea de la libertad que ahora le permitiría la soga que la tenía amarrada a él, pero tenía intención de descubrirlo. Pronto.

La música terminó y algunas parejas abandonaron la pista. A través del hueco que dejaron, Lily pudo ver al hombre que recientemente se había convertido en el centro de su vida. O, según Rule, el hombre al que había sido destinada por la Dama.

Rule había estado bailando con alguien que Lily no conocía. Probablemente un miembro de la familia del novio, ya que la mujer parecía china. Tendría la edad de Lily, llevaba el pelo muy corto y lucía un vestido azul que destacaba su figura de forma admirable.

No un vestido de dama de honor de color verde vómito. Lily hizo un gesto de disgusto. El vínculo impedía que Rule siguiera por el camino equivocado, pero eso no significaba que no pudiera pensar en ello, ¿no?

La mano de la mujer descansaba en el brazo de Rule. La mujer sonreía de una forma que a Lily le resultaba muy familiar. Se preguntaba si a ella también se le ponía esa cara, cuando de pronto la cabeza de Rule se inclinó hacia la mujer para escuchar mejor lo que esta le estuviera contando.

Era una cabeza elegante. Su pelo oscuro era demasiado largo para estar a la moda, pero le iba bien. Su rostro era estrecho, con mejillas marcadas que parecían haber sido esculpidas por el viento. El ángulo que tomaban las mejillas era imitado por las líneas oscuras que eran sus cejas.

Iba vestido de negro, por supuesto. Siempre iba de negro. Y aquel traje caro cubría un cuerpo que no dejaba de fascinar a Lily. De alguna forma parecía estar más concentrado que otros cuerpos. Observándolo en aquel instante, Lily tuvo el pensamiento de que Rule andaba por el mundo con todo su cuerpo, escuchando con sus muslos y sus bíceps además de con sus oídos; observando con su cuero cabelludo y sus ojos y la nuca, con las plantas de sus pies y la parte de atrás de sus rodillas.

La parte de atrás de sus rodillas... Lily sabía qué sabor tenía la piel de Rule en ese lugar.

En aquel instante Rule giró la cabeza y sus miradas se cruzaron.

Oh. Lily puso una mano sobre su estómago. Normalmente no sucedía aquello, al menos no desde la primera vez. Pero de vez en cuando sentía esa ligera sacudida cuando sus miradas se cruzaban. Como si la hubiera rozado una pluma, pensó Lily. Y se sorprendió porque lo había sentido en un lugar para el que ella no tenía nombre. Un lugar que no sabía que podía ser tocado.

¿Por qué sucedía solo en unas ocasiones y en otras no? Hizo un gesto de disgusto. Misterio del vínculo número trescientos setenta y seis.

Como si él le hubiera leído la mente, su boca se ladeó en una sonrisa. Aquellas cejas indisciplinadas se elevaron, como haciéndole una pregunta. Lily sonrió también y meneó la cabeza: *No, no te necesito ahora mismo. Estoy bien.*

—Así no, tonta —dijo una voz a la altura del codo de Lily—. Así.

Lily se giró. Beth estaba lanzando besos a Rule.

Rule sonrió y lanzó un beso a la hermana pequeña de Lily.

—¿Lo ves? —le dijo a Lily—. Si tienes a un maromo así pendiente de ti, lo suyo es no fruncirle el ceño.

—Eso era una sonrisa, no estaba frunciendo el ceño. Ahora sí.

Beth la estudió.

—Por Dios que tienes razón. Sin embargo, la diferencia no es tan clara como debería ser. ¿Qué te pasa?

—Me hace tan feliz que me haga esa pregunta una persona a la que puedo decirle que se meta en sus asuntos.

—¿La parentela te está dando mucho la brasa? Pregunta retórica —añadió agarrándose del brazo de Lily—. Por supuesto que lo están haciendo. Todos tenían sus expectativas sobre ti, y les has desconcertado. Otra vez. Vamos. Veamos si hay algún lugar para esconderse en el patio.

Podía elegir entre marcharse con Beth o sentirse atraída cada vez más por Rule hasta perder el control. Lily echó a andar.

—La abuela se ha hecho fuerte ahí fuera.

—De acuerdo. Entonces al bufé —dijo Beth cambiando de dirección—. Estoy segura de que todavía puedo meterme más chocolate en el cuerpo.

—¿Crees que es buena idea que tanto tú como yo nos acerquemos a la comida? Hay personas que tienen el estómago muy delicado.

Beth miró el vestido de dama de honor que llevaba puesto, idéntico al de Lily.

—Y pensar que siempre creí que le caía bien a Susan. No era necesario que se esforzara tanto para eclipsarme. Lleva haciéndolo toda la vida.

—Quizá se ha vuelto daltónica. —El hombro de Lily pasó de molestar a doler. Pensó que quizá podría utilizarlo como excusa para marcharse, pero su madre y su tía empezarán a traerle comida otra vez. Y no dejarían de decirle las cosas que Lily debería estar haciendo de otra manera... otra vez.

—Eso no explica lo de madre —dijo Beth en tono lúgubre.

—Nada explica lo de madre. Creía que ya lo sabías. —Lily se recordó a sí misma que no necesitaba tener el brazo libre. No iba a necesitar pelearse con nadie en la boda de su hermana mayor. Ni siquiera las probabilidades de que se desatara una pelea a puñetazos eran significativas.

Pero se sintió aliviada cuando llegaron al bufé y Beth dejó el brazo de Lily para lanzarse a por los dulces.

—No quedan galletas de chocolate —dijo con tristeza, y echó mano de una galleta con forma de campanas de boda.

—¿Cuánto le ha llevado a Freddie hacerte la gran pregunta esta vez?

—Ha dejado de declararse. Ya habla como si nuestro matrimonio fuera un hecho seguro. Podrías haberme rescatado.

—Odio interrumpir los momentos tiernos. Y a propósito de eso, ¿por qué estás evitando a Rule?

—Puedes llegar a ser tremendamente fastidiosa, lo sabes, ¿no?

Beth asintió y se tragó el resto de la galleta.

—No quieres hablar de tu relación con Míster Alto, Oscuro y Ocasionalmente Peludo. Lo he captado. Y entiendo por qué no le has hablado mucho a madre sobre él. ¿Quién lo haría? Pero mira que no querer hablarlo conmigo.

Lily captó que había herido a su hermana, a pesar de que ella se esforzara por disimularlo con bravatas. De modo que se rindió.

—Hemos discutido, ¿vale? Nada grave. Es solo que ahora mismo no quiero tenerlo cerca.

Beth la miró preocupada.

—No ha sido por otras mujeres —dijo Lily perdiendo la paciencia—. Si ese hubiera sido el problema, no habría dicho que no era grave, ¿no? Y no estaría sonriéndole.

—Cierto. —Beth estaba aliviada—. Claro que no le sonreirías. Pero sigo sin entender por qué tú... está bien, está bien, no te pongas gruñona. ¡Eh, todavía queda un poco de salsa de chocolate! Pásame una fresa.

Lily sabía en qué estaba pensando Beth y por qué. Y quizá fuera mejor que le diera a su hermana una explicación mejor que la que le había dado hasta ahora... Pero no sería en aquel momento, ni en aquel lugar.

—Bien, ¿y no vas a contarme sobre qué habéis discutido?

—No. ¿Todavía sales con el pulpo?

—Si te refieres a Bill, es agua pasada. Al menos dime que Rule es tan bueno en la cama como aparenta serlo.

Lily no pudo reprimir una sonrisa.

—Mejor.

Beth hundió la fresa en la salsa de chocolate mientras pensaba en lo que acaba de confesarle su hermana, y después meneó la cabeza.

—No es posible, pero intentar imaginarlo es excitante. ¿Tienes esas ojeras porque las sesiones de sexo ardiente te impiden dormir? ¿O es que te molesta el hombro? ¿O hay algo más que no me has contado?

Lily se encogió de hombros con el hombro bueno.

—Pesadillas. Pasarán. ¿Vas a comerte eso o le vas a hacer el amor?

Beth lamió el chocolate que quedaba en la fresa.

—Lo uno no quita lo otro. Considerando lo que te ha sucedido en las últimas semanas, no me sorprende que tengas pesadillas. Aunque tampoco es que sepa exactamente lo que te ha sucedido. Supongo que no querrás hablar de ello.

—No soy muy de hablar.

—No me digas. —Por fin Beth se metió la fresa en la boca.

Mientras Beth tenía la boca temporalmente ocupada, la atención de Lily se desvió hacia la discusión que Rule y ella habían tenido la noche anterior. Él quería que ella se mudara a su apartamento. Según él, había tenido mucha paciencia, pero ella seguía sin estar preparada para dar ese paso. Necesitaba tiempo para acostumbrarse a todos los cambios que habían sucedido en su vida. Y necesitaba pasar un tiempo a solas.

Él no lo entendía. Nettie había explicado a Lily que a nivel individual, los lupi eran iguales que los humanos y, por lo tanto, cada uno ocupaba una posición determinada en la escala de introversión y extroversión. Pero en general, los lupi necesitaban más contacto físico, tocar más al prójimo y pasar más tiempo con los demás que el humano medio. Al fin y al cabo, el lobo era un animal que vivía en manadas.

—Ya que no eres muy de hablar, ¿has estado cavando? —preguntó Beth una vez hubo tragado la fresa.

—Es mi eterna guerra contra las malas hierbas. No puedo usar una pala con un solo brazo. —Rule se había ofrecido a arreglarle un pequeño jardín en el Hogar del Clan, pero eso lo hubiera cambiado todo. Se dedicaba a la jardinería en casa de su abuela porque ella no tenía tierras propias, pero no significaba que...

—¡Eh! —Beth pasó su mano por delante de la cara de Lily repetidas veces—. ¿A dónde has ido? Estás blanca como un fantasma.

—Muy apropiado —murmuró Lily.

—¿Qué?

Lily meneó la cabeza.

—Nada. He visto... He creído ver a alguien a quien conocía. —Alguien que no debería estar aquí.

Para empezar, la mujer que Lily conocía con el simple nombre de Helen, no conocía a su familia. Y para acabar, estaba muerta.

—Deduzco que era alguien que no te caía muy bien.

—No. —Lily siguió mirando en la dirección en la que la mujer había desaparecido, detrás de un grupo de adolescentes que no paraban de hablar. Aquella mujer era como Helen: pequeña, pelo largo y rubio, carita de niña, y ojos fríos y vacíos como los de una muñeca.

Ahí estaba de nuevo, caminando hacia los servicios. El corazón de Lily se aceleró repentinamente como si quisiera escapar de su pecho.

Estaba loca por el mero hecho de haber creído ver a Helen. Era una locura. Y sin embargo...

—Voy a refrescarme un poco —le dijo a su hermana, y se dispuso a seguir a aquella mujer que no podía existir.

Tres semanas atrás, Lily la había matado.

A Nancy Chen le gustaba bailar y además era muy buena. Era lo suficientemente alta como para que sus pasos pudieran llevar el ritmo de los de Rule. Olía a tabaco, aunque eso a él no le importaba, y a polvos de talco para bebés, un olor que a él sí que le gustaba. Tenía un tremendo sentido del humor.

En general, Rule habría disfrutado mucho bailando con ella si ella hubiera dejado de intentar meterle mano.

—Oh, oh —dijo Rule llevando la mano de Nancy de vuelta a su cintura. Otra vez.

Ella sonrió.

—No puedes culparme por intentarlo. No es como si esa cosa bonita con la que sales fuera a quejarse mucho.

—Creo que no conoces muy bien a Lily.

—No puede ser que sea tan tonta como para no saber cómo os las gastáis los de tu raza. Y a su favor puedo decir que ha tenido el valor de lanzarse a tus brazos. He oído decir que puedes proporcionarle a una mujer un viaje bastante movidito. —De nuevo lanzó a Rule una mirada coqueta... y de nuevo deslizó su mano hacia abajo.

Dividido entre la exasperación y la diversión, Rule tomó la mano indiscreta. Esta vez la mantuvo bien sujeta.

—Sospecho que tú también proporcionaste tu ración de viajes moviditos en tus buenos tiempos —dijo secamente.

Nancy Chen tenía ochenta y ocho años, y era una tía abuela del novio. Ella rió.

—Mis buenos tiempos aún no han pasado. Simplemente no suelen venir corriendo tan a menudo como antes. ¿Lo captas? No vienen corriendo. —Se rió de su propio chiste, se lo estaba pasando en grande.

Rule también lo pasó bien el resto del baile, porque no le soltó las manos ni un solo segundo. Nancy no esperaba que Rule fuera a tomarse en serio sus atenciones, pero él sospechaba que si le diera una sola pizca de esperanza, Nancy saldría en busca de un armario donde meterse para retozar con él. En general, Nancy estaba sufriendo un subidón comportándose de forma tan desvergonzada con él.

Algunas mujeres reaccionaban así a su presencia. Se sentían un poco aturcidas ante la oportunidad que se les brindaba de liberarse de las constreñidas reglas de la sociedad tradicional con alguien que vivía fuera de ella. Estaba acostumbrado a eso, así como estaba acostumbrado al olor a miedo que captaba en la gente cuando se encontraban cerca de él. Ambas situaciones podían llegar a cansar mucho.

Deseaba a Lily. Y ella lo estaba evitando.

Rule se abrió paso por un lateral de la sala de banquetes, poniendo en juego todo su tacto para evitar tener que bailar con otra mujer que no fuera Lily. El aire estaba cargado de olores: comida, flores, velas, humanidad y una ligera nota de mar. Pero no captaba el aroma de Lily, ni el tirón que indicaba que ella andaba cerca.

El aspecto direccional del vínculo que lo unía a Lily no era para él tan obvio como para ella, otro de los misterios que Lily recopilaba con fervor. Cuando habían descubierto eso durante sus pequeños experimentos de la semana pasada, él había sugerido que podía ser porque ella, debido a su don, estaba más en sintonía con lo inmaterial.

Lily había sacudido la cabeza en señal de disgusto.

—Eso no es una explicación. Eso es sustituir un interrogante por otro.

Un amago de sonrisa asomó en los labios de Rule mientras caminaba hacia el salón contiguo. A su *nadia* le ponía nerviosa lo inexplicable.

Se abrió pasó entre el gentío, buscando a una mujer pequeña y delgada con el cabello del color de la noche, la piel como crema derramada sobre melocotones... y un vestido del color del moho. Su sonrisa creció. No había una mayor demostración de amor hacia una hermana que ponerse aquel vestido.

Pero Lily no aparecía por ningún lado. Rule se detuvo. Ahora mismo, ella estaba enfadada con él. Sin embargo, él también estaba enfadado con ella. Todavía no estaba lista para volver al servicio. No se había recuperado del todo, maldita sea; y a Rule se le escapaba cómo sus superiores no eran capaces de verlo. Pero ella no habría...

—Rule. —Aquella voz suave y femenina se había vuelto familiar para él recientemente. Se dio la vuelta para encontrarse con la madre de Lily, que se había dirigido a él.

Julia Yu era una mujer alta y elegante, con unas manos preciosas, una barbilla diminuta y los mismos ojos que Lily, enmarcados por unas cejas con tendencia a despeinarse. Iba acompañada por dos mujeres de su misma edad, una de ellas era blanca y la otra china, ambas llenas de una inmensa curiosidad por él, aunque intentaban no demostrarlo abiertamente.

Rule reprimió un suspiro. Estaba agradecido por la oportunidad que le había dado aquella boda de entablar relación con la gente de Lily. Después de todo eran parte de ella, y él tenía una curiosidad insaciable sobre todo lo que se refería a Lily. La noche anterior Rule había conocido a los padres de Lily en una cena de ensayo, con resultados bastante dispares. Los dos habían sido muy educados, pero no aprobaban su relación con Lily. Sin embargo, su padre se había reservado su opinión, pensó Rule. A su madre le había caído bien, aunque ella deseaba que no fuera así y que él desapareciera de la vida de Lily.

Sin embargo, en aquellos instantes, Rule necesitaba a Lily. Estaba cansado de la curiosidad, el miedo, las especulaciones. Quizá estuviera acostumbrado a ser objeto de escrutinio, pero esta vez era diferente. Era personal. *Eh, todos, mirad lo que Lily se ha traído a casa. Anda y habla como una persona de verdad.*

Pero tras una presentación brevísima, Julia Yu se disculpó ante sus acompañantes y se llevó a Rule a una esquina apartada. Tenía el ceño fruncido.

—¿Has visto a Lily?

La cejas de Rule se alzaron por la sorpresa.

—Justo estaba buscándola.

—Bah. Soy boba. —Meneó la cabeza—. Es culpa de Beth, que siempre me llena la cabeza de ideas estúpidas, y he estado tan ocupada... No sabes lo que cuesta organizar una boda como esta.

A Rule la preocupación le hizo un nudo en el estómago. Respondió con cortesía automática.

—Has hecho un trabajo magnífico. La boda ha sido maravillosa, al igual que el banquete. Pero, ¿qué ideas te ha metido Beth en la cabeza?

—¡Una historia de lo más tonta! Por supuesto que se lo ha imaginado todo. Beth tiene mucha imaginación. —Era imposible saber si había hecho aquella afirmación como un cumplido o una crítica hacia la más joven de sus hijas. El ceño fruncido servía para cualquiera de los dos casos—. No le he creído ni una palabra.

—¿Qué clase de historia?

—Dice que ha visto a Lily entrar en el lavabo de señoras y que ha ido tras ella. Últimamente no han tenido mucho tiempo para hablar, así que, bueno, supongo que... Pero Lily no estaba. —Julia apretó los labios—. Dice que no hay ninguna manera de que Lily se haya marchado sin que ella la haya visto salir, pero eso no son más que tonterías.

Tenían que serlo. ¿No?

Rule se quedó inmóvil durante unos segundos. Lily no estaba muy lejos. Él lo sabía. Pero no había sido capaz de encontrarla, y el mundo no estaba tan cuerdo ni ordenado como aparentaba. Las esferas estaban cambiando.

Y tres semanas antes, Lily había hecho enfadar a una diosa.

—La encontraré. —Se dio la vuelta y echó a andar rápidamente, como si se le acabara el tiempo, aunque él sabía que no tenía sentido.

El último sitio donde habían visto a Lily era el lavabo de señoras, así que se dirigió hacia allí. Los servicios estaban en un pasillo exterior que conectaba los salones privados del restaurante con la zona abierta al público. Nada más llegar se encontró con un grupo de mujeres disgustadas. Captó fragmentos de las conversaciones que se cruzaban.

—¿...Y alguien ha ido a por el gerente?

—¿No hay otro?

—Hay un montón de retretes, no hace falta cerrar la puerta con pestillo.

—...Si quieres saber mi opinión, ¡tiene que ser una sádica!

Alguien había cerrado con llave la puerta del lavabo de señoras. Rule sintió que se le secaba la boca. Se abrió paso entre las mujeres, imponiéndose por su tamaño y su sonrisa, y al cabo de unos instantes, por su fama.

—Disculpen, señoras. Perdonen. No, no soy el gerente, pero si se hacen a un lado, por favor...

—Shannon —susurró una de ellas a otra—, ¡tonta! ¡Es el príncipe Nikolai! Eso las silenció durante unos instantes.

—Creo que puedo solucionar esto si ustedes... gracias —dijo cuando la última de las mujeres se hizo a un lado. Rule captó en el aire un olor extraño

y débil. Se acercó a la puerta para captar mejor su esencia, pero no pudo identificarlo.

Lily estaba al otro lado. Sentía la cercanía como una agitación justo debajo del esternón. Con el corazón latiendo acelerado, aporreó la puerta. Sin resultado.

—¡Eso no va a funcionar! —le reprochó una de las mujeres—. ¿Cree que no hemos probado a llamar a la puerta?

El picaporte giraba, pero la puerta no se abría. Probablemente estuviera cerrada desde dentro.

—También hemos probado a abrirla —añadió la mujer, llena de sarcasmo.

Rule atravesó la puerta de un puñetazo.

La madera se partió. Alguien chilló. Metió la mano por el agujero que había hecho y buscó el picaporte. Su propia sangre hizo que estuviera resbaladizo, pero por fin lo agarró y tiró de él. Abrió la puerta.

Lily yacía en el suelo, cerca de los lavabos. Y no se movía.